

Limpiados por la Sangre para Servir al Dios Vivo

“Ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por *la sangre de Cristo*” (Efesios 2:13).

“¿Cuánto más *la sangre de Cristo* ... limpiará vuestras conciencias... para que sirváis al Dios vivo?” (Hebreos 9:14).

Después de nuestro estudio de *la santificación* por medio de la sangre, ahora vamos a ocuparnos en la consideración de lo que implica la *relación íntima con Dios* en la que somos introducidos por *la santificación*.

La santificación y la relación con Dios son hechos estrechamente relacionados en las Escrituras. Sin *la santificación* no puede haber tal *relación*. ¿Cómo podría alguien que no es santo tener comunión con un Dios santo? Por otra parte, sin esta *relación* no puede haber crecimiento en la santidad; es siempre, y sólo en la comunión con el Santo, que se puede encontrar la santidad.

La íntima conexión entre *la santificación y la relación sexual* aparece claramente en la historia de la rebelión de Nadab y Abiú. Dios hizo de esta ocasión una clara declaración acerca de la naturaleza peculiar del sacerdocio en Israel. Él dijo: “Yo seré santificado en los que se acercan a mí” (Levítico 10:3). Luego, en la conspiración de Coré contra Moisés y Aarón, Moisés, hablando en nombre de Dios, dijo: “Mañana mostrará Jehová quién es suyo, y quién es santo; y hará que se acerque a él; al que él escogiere, él se acercará a él” (Números 16:5).

Ya hemos visto que la elección de Dios y la separación de los suyos para Sí están estrechamente ligadas a *la santificación*. Es evidente aquí también que la gloria y la bendición aseguradas por esta elección para la santidad no es otra cosa que *la relación* con Dios. Esta es en verdad la más alta, la única bendición perfecta para el hombre, que fue creado para Dios y para disfrutar de su amor. El salmista canta: “Bienaventurado el hombre a quien tú escogieres y atrajeres a ti, para que habite en tus atrios” (Sal. 65:4). En la naturaleza del caso, la consagración a Dios y la proximidad a Él son la misma cosa.

La aspersion de la sangre que santifica al hombre y toma posesión de él para Dios, concede, al mismo tiempo, el derecho de *interacción*.

Así sucedió con los sacerdotes de Israel. En el registro de su consagración leemos: “Entonces Moisés hizo acercarse a los hijos de Aarón, y puso de la sangre sobre el lóbulo de la oreja derecha de ellos y sobre los pulgares de sus manos derechas” (Levítico 7:24).

Los que pertenecen a Dios pueden, y de hecho DEBEN, vivir en proximidad a Él; le pertenecen. Esto se ilustra en el caso de nuestro Señor, nuestro Gran Sumo Sacerdote,

quien “por su propia sangre entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo”. Lo mismo sucede con cada creyente, según la Palabra: “Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, *acerquémonos*, purificados los corazones de mala conciencia” (Hebreos 10:19, 22). La palabra “entrar”, como se usa en este versículo, es la palabra peculiar que se usa para referirse al acercamiento del sacerdote a Dios. De la misma manera, en el libro de Apocalipsis, se declara que nuestro derecho a acercarnos como sacerdotes es por el poder de la sangre. Fuimos “redimidos de nuestros pecados por su propia sangre” quien “nos hizo reyes y sacerdotes para Dios... a él sea la gloria por los siglos” (Apocalipsis 5:9, 10). “Éstos son los que han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero; por eso están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo” (Ap. 7:14).

Una de las bendiciones más gloriosas que el poder de la sangre nos ha hecho posibles es la de acercarnos al trono, a la presencia misma de Dios. Para que podamos entender lo que significa esta bendición, consideremos lo que contiene. Incluye:

- I. El derecho a morar en la presencia de Dios;**
- II. La vocación de ofrecer sacrificios espirituales a Dios;**
- III. El poder de procurar bendiciones para los demás.**

I. El derecho a morar en la presencia de Dios

Aunque este privilegio pertenecía exclusivamente a los sacerdotes de Israel, sabemos que tenían libre acceso a la morada de Dios. Tenían que permanecer allí continuamente. Como miembros de la familia de Dios, comían el pan de la proposición y participaban de los sacrificios. Un verdadero israelita pensaba que no había privilegio más alto que éste. Así lo expresa el salmista: “Bienaventurado el hombre a quien tú escogieres y atrajeres a ti, para que habite en tus atrios. Seremos saciados del bien de tu casa, de tu santo templo” (Salmo 65:4).

Fue por la presencia manifiesta de Dios allí que los creyentes, en aquellos días antiguos, anhelaban con tanto fervor la casa de Dios. El clamor era: “¿Cuándo vendré y me presentaré delante de Dios?” (Salmos 42:2). Entendían algo del significado espiritual del privilegio de “acercarse a Dios”. Representaba para ellos el disfrute de su amor, su comunión, su protección y su bendición. Podían exclamar: “¡Oh, cuán grande es tu bondad, que has guardado para los que te temen; los esconderás en lo secreto de tu presencia!” (Salmos 31:19, 20).

La preciosa sangre de Cristo ha abierto el camino para que el creyente entre en la presencia de Dios, y *la relación* con Él es una realidad espiritual profunda. El que conoce el pleno poder de la sangre se acerca tanto a Él que siempre puede vivir en la presencia inmediata de Dios y en el goce de las bendiciones inefables que la acompañan. Allí, el hijo de Dios tiene la seguridad del amor de Dios; lo experimenta y lo disfruta. Dios mismo lo imparte. Vive diariamente en la amistad y comunión de Dios. Como hijo de Dios, da a conocer al Padre, con perfecta libertad, sus pensamientos y deseos. En esta *relación* con Dios posee todo lo que necesita; no desea nada bueno. Su alma se mantiene en perfecto descanso y paz, porque Dios está con él. Recibe toda la dirección y enseñanza necesarias. El ojo de Dios está siempre sobre él, guiándolo. En la relación con Dios, es capaz de oír los susurros más suaves del Espíritu Santo. Aprende a comprender la más leve señal de la voluntad de su Padre y a seguirla. Su fuerza aumenta continuamente, porque Dios es su fuerza y Dios está siempre con él.

La comunión con Dios ejerce una influencia maravillosa en su vida y carácter. La presencia de Dios lo llena de humildad, temor y santa circunspección. Vive como en presencia de un rey. La comunión con Dios produce en él disposiciones semejantes a las de Dios. Al contemplar la imagen de Dios, se transforma en la misma imagen. Morar con el Santo lo hace santo. Puede decir: “Bueno es para mí acercarme a Dios” (Salmo 62:28).

Oh vosotros, hijos de la Nueva Alianza, ¿no tenéis mil veces más razón para hablar así, ahora que el velo ha sido rasgado y se ha abierto el camino para vivir siempre en la santa presencia de Dios? Que este alto privilegio despierte nuestros deseos. Trato

con Dios; comunión con Dios; morar con Dios; y Él con nosotros: que nos sea imposible estar satisfechos con algo menos. Ésta es la verdadera vida cristiana.

Pero *la relación* con Dios no sólo es tan bendita por causa de la salvación que en ella se disfruta, sino también por causa del servicio que puede prestarse gracias a esa *relación* .

Consideremos pues:

II. La vocación de ofrecer sacrificios espirituales a Dios

Nuestra vocación de ofrecer a Dios sacrificios espirituales es un privilegio más.

El gozo de los sacerdotes al acercarse a Dios en su morada estaba subordinado por completo a algo superior. Estaban allí como siervos del Lugar Santo, para llevar a Dios, en su casa, lo que le pertenecía. Sólo cuando hallaban gozo al acercarse a Dios, ese servicio podía llegar a ser verdaderamente bendecido.

El servicio consistía en: traer la sangre rociada; preparar el incienso para llenar la casa con su fragancia; y, además, ordenar todo lo que pertenecía, según la palabra de Dios, al arreglo de Su casa.

Deben guardar, servir y proveer a la morada del Altísimo, para que sea digna de Él y de Su gloria, y para que Su buen placer en ella se cumpla.

Si la sangre de Jesús nos acerca, es también, principalmente, para que vivamos delante de Dios como sus siervos, y le llevemos los sacrificios espirituales que son agradables a sus ojos.

Los sacerdotes llevaban la sangre al Lugar Santísimo delante de Dios. En nuestra relación con Dios no hay ofrenda que podamos presentarle más agradable que la de honrar con fe la sangre del Cordero. Todo acto de humilde confianza o de sincera gratitud en el que dirigimos la atención del Padre hacia la sangre y pronunciamos sus alabanzas, es aceptable a Él.

Toda nuestra permanencia allí y nuestras *relaciones* de hora en hora deben ser una glorificación de la sangre delante de Dios.

Los sacerdotes llevaban el incienso al Lugar Santo, para llenar de fragancia la casa de Dios. Las oraciones del pueblo de Dios son el delicioso incienso, con el que Él desea estar rodeado en su morada. El valor de la oración no consiste meramente en que sea el medio para obtener las cosas que necesitamos. ¡No! Tiene un fin más elevado que ése. Es un ministerio de Dios, en el que Él se deleita.

La vida del creyente que verdaderamente disfruta de acercarse a Dios por la sangre, es una vida de oración incesante. En un profundo sentido de dependencia, para cada momento, para cada paso, se busca y se espera la gracia. En la bendita convicción de la cercanía de Dios y de su bondad inmutable, el alma se derrama en la confiada seguridad de la fe de que toda promesa se cumplirá. En medio del gozo que otorga la luz del rostro de Dios, surgen al mismo tiempo, junto con la oración, la acción de gracias y la adoración.

Éstas son las ofrendas espirituales, las ofrendas de los labios de los sacerdotes de Dios, presentadas continuamente a Él, habiendo sido *santificados y acercados por la Sangre* , para que pudieran vivir y caminar siempre en Su presencia.

Pero hay algo más. Era deber de los sacerdotes ocuparse de todo lo que fuera necesario para la limpieza o provisión de la casa. ¿Cuál es el ministerio ahora, bajo el Nuevo Pacto? Gracias a Dios, no hay arreglos externos ni exclusivos para el culto divino. ¡No! El Padre ha ordenado que todo lo que haga cualquiera que esté caminando en Su presencia, sólo por eso, se convierte en una ofrenda espiritual. Todo lo que el creyente hace, con tal que lo haga como en la presencia de Dios, e inspirado por la disposición sacerdotal que lo ofrece a Dios como un servicio, es un sacrificio sacerdotal, agradable a Dios. “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Cor. 10:31). “Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él” (Col. 3:17). De esta manera, todas nuestras acciones se convierten en ofrendas de agradecimiento a Dios.

¡Cuán poco reconocen los cristianos la gloria de una vida de completa consagración, transcurrida siempre en trato con Dios!

Purificado , santificado y acercado por el poder de la sangre, mi vocación terrena, mi vida entera, hasta mi comer y beber, son un servicio espiritual. Mi trabajo, mi negocio, mi dinero, mi casa, todo lo que tengo que hacer, se santifica por la presencia de Dios, porque yo mismo camino en Su presencia. El trabajo terrenal más pobre es un servicio sacerdotal, porque lo realiza un sacerdote del templo de Dios.

Pero ni siquiera esto agota la gloria de la bendición de *la relación sexual* . La bendición más alta del sacerdocio es que el sacerdote aparece como *representante de los demás ante Dios* .

III. El poder de procurar bendición para los demás es lo que da a la cercanía a Dios su gloria plena

En Israel los sacerdotes eran los mediadores entre Dios y el pueblo. Llevaban a la presencia de Dios los pecados y las necesidades del pueblo: obtenían de Dios el poder de declarar el perdón de los pecados y el derecho de bendecir al pueblo.

Este privilegio pertenece ahora a todos los creyentes, como la familia sacerdotal del Nuevo Pacto. Cuando Dios permitió que sus redimidos se acercaran a Él por medio de la sangre, fue para bendecirlos, a fin de que pudieran llegar a ser una bendición para otros. La mediación sacerdotal; un corazón sacerdotal que puede tener la simpatía necesaria con aquellos que son débiles; un poder sacerdotal para obtener la bendición de Dios en el templo y comunicarla a otros; en estas cosas, *la relación*, el acercamiento a Dios por medio de la sangre, manifiesta su más alto poder y gloria.

Podemos ejercer nuestra dignidad sacerdotal de una doble manera:

(a) *Por intercesión*.

El ministerio de intercesión es uno de los mayores privilegios del hijo de Dios. No significa que en este ministerio, habiendo comprobado que hay una necesidad en el mundo o en alguna persona en particular, expresemos nuestros deseos en oración a Dios, pidiendo que nos dé lo necesario. Eso es bueno, hasta cierto punto, y trae consigo una bendición. Pero el ministerio peculiar de intercesión es algo más maravilloso que eso, y encuentra su poder en “la oración de fe”. Esta “oración de fe” es algo diferente de expresar nuestros deseos a Dios y dejarlos en sus manos.

En la verdadera “oración de fe”, el intercesor debe pasar tiempo con Dios para apropiarse de las promesas de su Palabra, y debe permitir que el Espíritu Santo le enseñe si las promesas pueden aplicarse a este caso particular. Toma sobre sí, como una carga, el pecado y la necesidad que son el tema de la oración, y se aferra firmemente a la promesa concerniente a ellos, como si fuera para sí mismo. Permanece en la presencia de Dios, hasta que Dios, por su Espíritu, despierta la fe de que en este asunto la oración ha sido escuchada. De esta manera, los padres a veces oran por sus hijos; los ministros por sus congregaciones; los obreros en la viña de Dios por las almas encomendadas a ellos; hasta que saben que su oración es escuchada. Es la sangre, por su poder de acercarnos a Dios, la que otorga tan maravillosa libertad para orar hasta obtener la respuesta. ¡Oh! Si entendiéramos más perfectamente lo que realmente significa morar en la presencia de Dios, manifestaríamos más poder en el ejercicio de nuestro santo sacerdocio.

(b) *Instrumentalmente*.

Otra manifestación de nuestra mediación sacerdotal es que no sólo obtenemos alguna bendición para otros por medio de *la intercesión*, sino que nos convertimos en los *instrumentos* por los cuales se ministra. Todo creyente es llamado, y se siente obligado por el amor, a trabajar en favor de otros. Él sabe que Dios lo ha bendecido para que pueda ser una bendición para otros; y sin embargo, la queja es general de que los creyentes no tienen poder para esta obra de traer bendición a otros. No están, dicen, en condiciones de ejercer una influencia sobre otros por medio de sus palabras. Esto no es de extrañar, si no moran en el santuario. Leemos que “El Señor apartó a la tribu de Leví para que estuvieran delante del Señor y bendijeran en su nombre” (Deuteronomio 10:8). El poder sacerdotal de bendecir depende de la vida sacerdotal en la presencia de Dios. El que experimenta allí el poder de la sangre para preservarlo, al indefenso, tendrá el valor de creer que la sangre realmente puede liberar a otros. El poder vivificante de la sangre creará en él la misma disposición que Jesús derramó: el sacrificio de sí mismo para redimir a otros. En la relación con Dios, nuestro amor se encenderá; por el amor de Dios, nuestra creencia de que Dios seguramente hará uso de nosotros se fortalecerá; el espíritu de Jesús tomará posesión de nosotros, para permitirnos trabajar en humildad, sabiduría y poder; y nuestra debilidad y pobreza se convertirán en los vasos en los que el poder de Dios puede trabajar. De nuestra palabra y ejemplo fluirá la bendición, porque moramos con Él, que es pura bendición, y Él no permitirá que nadie esté cerca de Él sin estar también lleno de Su bendición. Amados, ¿no es la vida preparada para nosotros una vida gloriosa y bendita? El disfrute de la bienaventuranza: estar cerca de Dios; llevar a cabo los ministerios de Su casa; impartir Su bendición a otros: Que nadie piense que la bendición completa no es para él, que una vida así es demasiado alta para él. *En el poder de la Sangre de Jesús* tenemos la seguridad de que este “*acercamiento*” es también para nosotros, si tan sólo nos entregamos por completo a él. Para quienes verdaderamente desean esta bendición doy el siguiente consejo:

i. Recuerda que esto, y nada menos, está diseñado para ti. Todos los que somos hijos de Dios hemos sido acercados por la sangre. Todos podemos desear la experiencia completa de ella. Mantengamos firme esta sola cosa: la vida en *relación* con Dios es para el centeno. El Padre no desea que ninguno de sus hijos se aleje de nosotros: no podemos agradar a nuestro Dios como deberíamos si vivimos sin esta bendición. Somos sacerdotes, la gracia para vivir como sacerdotes está preparada para nosotros; la entrada libre al santuario como nuestro lugar de residencia es para nosotros; podemos estar seguros de esto: Dios nos otorga su santa presencia para morar en nosotros, como nuestro derecho, como sus hijos. Aferrémonos firmemente a esto.

ii. Procura hacer tuyo el pleno poder de la sangre en todos sus benditos efectos. *Es en el poder de la Sangre que la relación es posible*. Deja que tu corazón se llene de fe en el poder de la sangre de *la reconciliación*. El pecado ha sido tan completamente expiado y borrado, que su poder para mantenerte alejado de Dios ha sido completamente, y para siempre, quitado. Vive en la gozosa profesión de que el pecado es impotente para separarte un momento de Dios. Crea que por la sangre has

sido plenamente justificado, y por lo tanto tienes un derecho justo a un lugar en el santuario. Deja que la sangre también te limpie. Espera de la comunión que sigue, la liberación interior de la contaminación del pecado que todavía mora en ti. Di con las Escrituras: “¿Cuánto más la sangre de Cristo limpiará *vuestras* conciencias para que sirváis al Dios vivo?” Deja que la sangre te santifique, te separe para Dios, en consagración indivisa, para ser lleno por Él. Dejad que el poder *perdonador* , *purificador* y *santificador* de la sangre actúe libremente en vosotros. Descubriréis cómo esto os acerca, por así decirlo, automáticamente a Dios y os protege.

iii. No temas esperar que *Jesús mismo* revele en ti el poder de la sangre para acercarte a Dios.

La sangre fue derramada para unirnos a Dios.

La sangre ha cumplido su obra y la perfeccionará en ti.

La sangre tiene una virtud y una gloria inefables a los ojos de Dios.

El Propiciatorio rociado con sangre es el lugar elegido de la morada de Dios y

es su trono de gracia. Se acerca con alegría y beneplácito al corazón que se entrega por entero a la eficacia de la sangre.

La sangre tiene un poder irresistible. Por medio de ella, Jesús fue levantado de la tumba y llevado al cielo. Tened la seguridad de que la sangre puede preservaros cada día en la presencia de Dios por su divino poder vivificante. Tan preciosa y poderosa como es la sangre, tan segura y cierta es también vuestra permanencia con Dios, si tan sólo vuestra confianza es firme. “Lavados y emblanquecidos en la sangre del Cordero, por eso están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo”. Esa palabra acerca de la gloria eterna tiene una relación también con nuestra vida en la tierra. Cuanto más plena sea nuestra fe y nuestra experiencia del poder de la sangre, más estrecha será la *relación* y más segura será la permanencia cerca del trono; más amplia será la entrada al ministerio ininterrumpido de Dios en su santuario; y aquí en la tierra, cuanto mayor sea el poder para servir al Dios viviente, más rica será la bendición sacerdotal que esparciréis a vuestro alrededor. ¡Oh Señor! ¡Que esta palabra tenga todo su poder sobre nosotros ahora, aquí y en el más allá!